

Qué está cambiando en la Iglesia desde la elección del papa Francisco

La elección de Jorge María Bergoglio como papa el 13 de marzo de este año fue una sorpresa para todos, y también está siendo una sorpresa lo que está ocurriendo en la iglesia desde ese momento.

Por lo pronto el papa ha desarrollado una actividad extenuante, al menos a partir de lo que sabemos de él por las noticias:

Celebra la eucaristía todos los días para un grupo de fieles y va dejando unas palabras en cada homilía; recibe a jefes de estado y a deportistas, ... escribe a amigos de siempre, habla por teléfono con personas que se han puesto en contacto con él y que se encuentran en una situación más o menos desesperada, concede entrevistas, visita los monasterios y las parroquias de Roma y en su tiempo de vacaciones se dedica a escribir la exhortación apostólica que acabamos de conocer ... sabemos que se confiesa cada quince días, que es hincha del san Lorenzo de buenos aires, que no le gustan los coches caros... Expresa su opinión ante periodistas a los que se gana con su saber hacer...

En fin, un sinfín de detalles que desconocíamos hasta ahora de los otros pontífices.

Además ha demostrado un poder de convocatoria bastante alto. Las audiencias generales que concede reúnen cuatro veces más fieles que las de su predecesor; llamó a que todas las iglesias católicas realizasen una oración por la paz en Siria cuando había amenazas de que esta pudiera ser atacada desde el exterior; ha lanzado una encuesta de cara a la celebración del próximo sínodo extraordinario de obispos sobre el tema de la familia...

Aparece como el personaje más buscado en internet, ha recibido el premio “Comunicación simple” por el instituto europeo tercer milenio; diversas publicaciones le han dedicado portadas y han realizado análisis de estos primeros meses de pontificado...

En el fondo, la pregunta que existe es en qué medida puede el Papa Francisco cambiar la Iglesia, hacia dónde puede cambiarla y cuáles son las virtualidades y los peligros que afronta dicho cambio.

Esta es también la pregunta que nos ha convocado esta tarde: qué está cambiando en la Iglesia desde la elección del papa Francisco.

Y como en todas esas publicaciones lo primero que hay que decir es que todavía es muy pronto para saber en qué medida el papa logrará cambiar la Iglesia o si tendrá éxito en su empeño. Nadie cambia una gran institución en unos meses, sobre todo, si el cambio que se persigue ha de ser profundo... Por ello lo que yo pretendo hacer esta tarde es analizar algunos de los actos del papa y enmarcarlos en ciertas preguntas que tienen que ver con la situación actual de la Iglesia...

1. Necesidad de reforma.

En primer lugar me voy a referir a lo que se podría llamar la “reforma de la Iglesia”.

No hay que ser muy perspicaz para captar cómo muchas de las cosas que el papa Francisco está haciendo y que, sobre todo, al comienzo de su pontificado fueron muy alabadas no son algo privativo de este papa (piénsese, por ejemplo, en la diferente manera que tenía de presentarse con respecto a Benedicto XVI, pero que era comparable a la de Juan Pablo II); además algunos de los titulares que el papa ha ido dejando a lo largo de estos meses y que han calado muy hondo (por ejemplo, los relativos a la necesidad de que la Iglesia sea una iglesia pobre, empezando por sus ministros; la insistencia en la misericordia de Dios, o...) no se puede decir que sean revolucionarios. El evangelio está a la base de dichas afirmaciones y la vida de los santos es un ejemplo claro de que esto es el cristianismo.

El eco que han despertado estas cosas no se debe, por tanto, a su novedad en sí mismas sino, creo yo, a la situación que estaba viviendo una gran parte de la Iglesia, que pensaba que ésta necesitaba una reforma y que ha visto en dichas acciones del papa un aire fresco que va más allá de lo que lo que el propio papa ha dicho o hecho.

El mismo papa era consciente de esta necesidad de reforma cuando formuló que "La iglesia siempre se tiene que reformar, si no se queda atrás. Hay cosas que servían para el siglo pasado u otras épocas y ahora no sirven más, entonces hay que reformarlas", e incluso ha llegado a decir. "Quiero lío en las diócesis, quiero que se salga fuera, quiero que la iglesia salga a la calle" (primera entrevista exclusiva al canal brasileño de televisión Globo, al final de julio de este año).

La necesidad de reforma de la Iglesia es un tema que ha estado siempre presente en la historia de la misma. El deseo de una mayor pureza, de una reforma de las costumbres, de una vuelta a los primeros ideales es algo que ha existido desde el mismo nacimiento de la Iglesia. Sin duda un presupuesto para que se produzca cualquier reforma es la idea, la vivencia, de que algo ha de ser mejorado. Normalmente se entiende esta renovación como una vuelta a los orígenes, un redescubrir de las fuentes.

Pero junto a este deseo siempre latente de mejora, ha habido momentos puntuales en la vida de la Iglesia en los que la idea de "reforma" se ha convertido en el caballo de batalla y en el pensamiento rector de la vida eclesial.

Uno de estos momentos fue, sin duda, la llamada *Reforma gregoriana* en el siglo XI. En ella se buscó una renovación de la vida eclesial, especialmente a través de la reforma monástica, realizada sobre todo por medio de Cluny, y canónica. Se luchó contra el concubinato del clero, lo cual, independientemente del resultado concreto que tuviera en esa época, obligó a precisar la ley del celibato, y se intentó acabar con la simonía, lo que produjo la guerra de las investiduras. En último término esta guerra respondió a la disputa entre el poder temporal y el espiritual por la supremacía, pero en ella se jugaba también el espacio de maniobra de la Iglesia en sus asuntos internos, la *libertas Ecclesiae*. Los tres temas enumerados (simonía, concubinato del clero y libertad de la Iglesia) aparecen, desde este momento, de forma constante en el desarrollo posterior del tema "reforma".

En los siglos XV y XVI se vive, de nuevo, un rebrote del deseo de reforma con una intensidad tal que llega a marcar la vida religiosa y las discusiones teológicas de la época. La necesidad de una reforma no escapa a ninguna mente despierta del momento. La situación moral de "degradación" a la que había llegado la Iglesia en el s. XVI no deja

lugar a dudas, y, evidentemente, se trata de corregir los abusos introducidos en la vida eclesial, entre los que la simonía y el concubinato de los clérigos no ocupan poco lugar.

Pero la reforma en esa época, y esto es algo importante también para nuestro hoy, no se limitaba a un intento de mejora de las costumbres. Lo característico de esa época va a ser la imbricación en el concepto de “reforma” de aspectos disciplinares junto con aspectos dogmáticos. De hecho, la historia vivida por la Iglesia desde el s. XIII va a llevar a una unión entre la reforma y el concilio que se expone claramente ya en el siglo XIV. El *Tractatus de modo generalis concilii celebrandi* de Guillermo Durando nos ofrece la primera aparición de esta idea. En esta obra se establece claramente que el concilio es el medio esencial para reformar la Iglesia. No se trata únicamente de que se promulguen decretos que tiendan a mejorar la situación de ésta, algo que habían hecho todos los concilios hasta entonces, sino de convertir al concilio mismo en el medio privilegiado para la reforma de la Iglesia *in capite et membris*.

La historia posterior va a posibilitar la puesta en escena de la efectividad de la institución conciliar. En 1378 comienza en la Iglesia una de las más graves crisis de todos los tiempos, el llamado cisma de occidente, sobre el que ahora no me detengo. Este cisma será solucionado por el concilio de Constanza, un concilio reformador. Esta reforma, según Juan de Segovia, figura importante en el aula conciliar, puede ser de dos tipos: *correctio morum... pro extirpacione vitiorum*, o lo que es lo mismo la reparación de algo que está mal, y *sanctarum profectus virtutum... pro carismatum incremento*, o mejora cualitativa de algo. Estas dos formas de entender la reforma vienen al final a igualarse al tema de la “Reformatio in capite et membris”. Si se acentúa la reparación de algo que está mal, la reforma intentará atacar los males y ponerles remedio. Si, por el contrario, se acentúa la mejora cualitativa de la situación presente, la reforma adquiere un referente más amplio. Las dos preguntas fundamentales, en este tiempo, son:

- ¿debe empezar la reforma por la cabeza (desde arriba) o por los miembros (desde abajo)?
 - ¿en qué relación se encuentran la reforma de las instituciones con la de los miembros?
 -

En los concilios de Constanza y de Basilea se puede considerar que fue una opinión general que la reforma debía comenzar por la cabeza. Y ambos concilios determinaron que si, en verdad, llega el caso en que el papa es el responsable de los males que tiene la Iglesia, esta habrá de darse un mecanismo para obligar al papa a reformarse (el mecanismo evidentemente fue el concilio, y así surgió la doctrina conciliarista, que promulgaba la superioridad del concilio sobre el papa). Esta doctrina fue rechazada, y después del Vaticano I quedó sancionado que el papa es el que tiene la máxima autoridad en la Iglesia.

De todo este excursus quedan dos cosas claras:

- a) una pregunta que nos debemos plantear es si el papa Francisco está buscando una reforma estructural (o que tradicionalmente se llamada “desde la cabeza”) o bien una reforma de las costumbres (lo que se calificaba como “desde los miembros”);
- b) aun cuando este papa buscarse una reforma estructural, hay que tener en cuenta que lo que un papa hace puede deshacerlo el siguiente, si bien hay que

decir que el papado no funciona casi nunca de forma despótica, sino que la evolución que se da en él suele ser progresiva, por lo que lo que un papa hace es importante y tiene consecuencias estructurales, aunque el siguiente pueda cambiarlo (si lo hace, lo hará de poco a poco).

Reforma estructural (desde la cabeza):

Si queremos aplicar este esquema (cabeza y miembros; o reforma estructural y existencial) al papa Francisco, podemos ver cómo Francisco va intentando reformar la Iglesia a los dos niveles.

Al nivel de la estructura, puede que lo más novedoso de su pontificado hasta ahora haya sido la creación de un “«Consejo de Cardenales», con la tarea de ayudarse en el gobierno de la Iglesia universal y de estudiar un proyecto de revisión de la Constitución Apostólica *Pastor bonus* sobre la Curia Romana” (Quirógrafo de 28 de septiembre de 2013). El papa quiere que este grupo de cardenales que le han de asesorar no sea sencillamente un grupo puntual, sino un consejo más o menos estable que tiene la misión de ayudarle en el cuidado de la Iglesia. Es evidente que, a nivel jurídico, el papa puede gobernar sólo, pero también lo es, que desde la eclesiología que se ha desarrollado tras el Vaticano II, y que se puede llamar de comunión, el papa tiene la obligación moral de incluir en su actuación al colegio episcopal y también la de esforzarse por buscar el “consenso” y la de asesorarse lo mejor que pueda en las decisiones que vaya tomando. De esto es consciente el propio papa cuando señala en su carta que “Dicho consejo [...] será una expresión ulterior de la comunión episcopal y del auxilio al *munus petrinum* que el Episcopado distribuido por el mundo puede ofrecer”.

En un segundo momento, la reforma desde la cabeza, estructural, en la manera como funciona hoy el papado, implica y pasa por una reforma de la curia, órgano esencial en el gobierno de la Iglesia. Si bien en teoría “En el ejercicio supremo, pleno e inmediato de su poder sobre toda la Iglesia, el Romano Pontífice se sirve de los dicasterios de la Curia Romana, que, en consecuencia, realizan su labor en su nombre y bajo su autoridad, para bien de las Iglesias y servicio de los sagrados pastores. CHRISTUS DOMINUS, 9”, en la práctica la curia puede convertirse en una maquinaria que se interponga entre el Papa y la situación de la Iglesia y la opinión de los obispos, toda vez que sirve de filtro a todo lo que llega a su mesa. Que la curia necesita una reforma es algo que todos piensan tal como apareció ya en las congregaciones generales de cardenales anteriores al cónclave: cómo se puede llevar a cabo es algo distinto y ciertamente no fácil.

El papa ha comenzado ya dicha reforma de varias maneras:

a) en primer lugar con el nombramiento de algunos puestos clave, entre los que destaca el secretario de estado, o el secretario de la congregación para la vida consagrada, el español franciscano José Rodríguez Carballo (por cierto, realizado bien pronto, el 8 de abril de 2013).

b) el papa se ha lanzado, en segundo lugar a una especie de campaña de transparencia en temas que hasta entonces se habían tocado de manera más discreta: desde su afirmación de 29 de julio: “Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo

para juzgarla? El catecismo de la Iglesia católica lo explica de forma muy bella. Dice que no se debe marginar a estas personas por eso. Hay que integrarlas en la sociedad” cuando fue preguntado por la existencia de un lobby gay en el Vaticano, o ha respondido a preguntas sobre el IOR, al que ha sometido también a una investigación.

Hasta dónde puede llegar en esta reforma es una pregunta difícil de responder. A mi entender para que la reforma de la curia pudiera dar más fruto deberían establecerse algunas reglas que impidiesen, en la medida de lo posible, que el ejercicio del poder en la Iglesia (que evidentemente es necesario) desarrollase las corruptelas que suelen acompañar un ejercicio del mismo muy prolongado: ¿no se podrían poner límites de tiempo a ciertos puestos de la curia?; ¿no habría que procurar una curia más internacional todavía para evitar que una manera de hacer concreta implicase que también se importan las maneras de un determinado país...?; ¿no habría que pensar en una especie de auditoría de la curia, realizada por agentes externos a la propia curia?

Todavía queda un tercer campo, en el que el Papa va dando ciertos pasos, si bien es difícil saber cuáles serán sus implicaciones reales. Me refiero al apartado de la participación de todos los cristianos en la marcha de la Iglesia.

Dos son los temas en los que el papa se ha pronunciado: por una parte contamos con ciertas afirmaciones sobre la mujer en la Iglesia y por otra su iniciativa de convocar un sínodo extraordinario sobre la familia y la manera como sea está preparando tal acontecimiento.

En cuanto al primer tema el papa ha dicho: “Sufro, y os digo la verdad, cuando veo en la Iglesia o en algunas instituciones eclesiales que el papel de la mujer queda relegado a un papel de servidumbre y no de servicio.” Y también ha dejado una serie de afirmaciones en una entrevista que concedió a las revistas de los jesuitas: que se necesita una profunda teología de la mujer, que las mujeres ya están llevando a cabo “construcciones profundas”... lo que estas palabras tengan detrás, o cómo se habrán de concretar en el futuro es algo sobre lo que no tengo ninguna idea.

Sobre el tema de la preparación del sínodo sí que podemos extraer algo más. Uno de los problemas que tiene la Iglesia actual es el abismo que se está produciendo entre la Iglesia que enseña (el magisterio de la Iglesia) y la Iglesia que cree, que vive (la generalidad de los cristianos) y llevamos algún tiempo en el que, a mi entender, se presume el consenso eclesial demasiado fácilmente. Si bien es verdad que la Iglesia no destila su enseñanza a partir de encuestas realizadas para ver lo que la mayoría de los cristianos piensan, y que siempre contamos con el evangelio y la manera como la comunidad creyente lo ha entendido a lo largo de los siglos, también lo es que a manera como los cristianos viven, las perspectivas que la comunidad va teniendo sobre temas, acerca de los cuales muchas veces no existe una palabra infalible sobre ellos, no es un dato anecdótico, ya que todos los creyentes por el bautismo hemos recibido la unción del Espíritu que nos ayuda a discernir entre lo que pertenece a la fe y lo que no.

En cualquier caso es teológicamente necesario, canónicamente posible y estratégicamente imprescindible conocer lo que el pueblo de Dios vive y piensa sobre temas en los que los acuerdos prácticos están lejos de existir. Lo novedoso de este pontificado es que se ha animado a los obispos a realizar esta labor de sondeo. Si bien es verdad que antes de todos los sínodos se realiza una encuesta al episcopado mundial, yo no conozco que se haya animado desde Roma a las iglesias locales a ampliar el círculo de los consultados, más allá del clero y de la vida religiosa. Así Lorenzo Baldisseri, el secretario general del sínodo, en

la presentación del documento señaló que se ha preparado “un cuestionario sobre los principales desafíos en la familia. Para iniciar el proceso de consulta se ha invitado a las diócesis a difundir el *Documento* de forma capilar en los decanatos y parroquias con el fin de obtener datos concretos y reales sobre el tema sinodal. Una petición similar se ha formulado a los demás organismos que participarán en el Sínodo.”

Este modo de actuar está en consonancia con la eclesiología del Vaticano II, que subraya la colegialidad de los obispos, y con la idea de que dicha colegialidad se basa en que la Iglesia entera es colegial, algo que todavía no ha tenido serias consecuencias para la organización de las iglesias locales.

Hay un segundo campo que quiero tocar ahora, y que es el referente a la manera como la Iglesia ha de presentarse en el mundo.

2. Presencia de la iglesia en el mundo

En los años del pontificado de Juan Pablo II cundió la sensación de que la Iglesia debía presentarse ante el mundo de manera más clara a como lo había hecho hasta entonces. Se pensó y se formuló que la Iglesia había asumido demasiadas cosas del mundo y se había igualado en demasía a la cultura del momento. Después de un tiempo de experimentación venía entonces el tiempo de poner los puntos sobre las íes... piénsese en el acercamiento crítico a la teología de la liberación, en el apoyo a ciertos nuevos grupos de la Iglesia que destacaban por su postura crítica combativa con la cultura actual; piénsese en los nombramientos de obispos, que en palabras que se atribuyen a Tarancón “tenían torticolis de tanto mirar a Roma”...

Benedicto XVI, ciertamente un papa más matizado que su predecesor sencillamente porque era teólogo, y ya se sabe que los pensadores tienen más problemas para decir las cosas claras, insistió sin embargo, en ciertos aspectos que a él le preocupaban sobremanera: el peligro del relativismo en la sociedad actual; la necesidad de volver a unir razón y fe; la importancia del logos griego para la recta comprensión de la revelación cristiana... con lo que dio alas a ciertos profetas del infortunio que veían en la cultura actual la madre de todos los males.

¿Qué ha hecho el papa Francisco?

Sin cambiar nada en cuanto a lo doctrinal (cosa que por otra parte, no creo que se deba esperar de manera rápida), ha cambiado totalmente el tono de las intervenciones y muestra una postura ante el mundo mucho más abierta y positiva que sus dos anteriores predecesores. Asimismo, cuando se dedica a hablar de lo que podríamos llamar lo interno a la iglesia, ya sea en cuanto a la fe, o en cuanto a lo que la iglesia hoy tiene que proclamar, fe, es clara su preferencia por temas como la importancia de la pobreza, la imagen de un Dios misericordioso o la necesidad de que vayamos a las fronteras existenciales del ser humano. Frente a una iglesia a la defensiva, Francisco quiere una Iglesia que hable de lo verdaderamente importante, o al menos que no esté hablando siempre de lo mismo, tal como decía en la entrevista que concedió a las revistas jesuitas donde explica:

"Una vez una persona, para provocarme, me preguntó si yo aprobaba la homosexualidad. Yo entonces le respondí con otra pregunta: 'Dime, Dios, cuando mira a una persona

homosexual, ¿Aprueba su existencia con afecto o la rechaza y la condena?'. Hay que tener siempre en cuenta a la persona. Es nuestro deber acompañarlas a partir de su condición" (de la entrevista a los jesuitas) junto con su idea de que no hay que estar siempre hablando del aborto, de los homosexuales y del preservativo".

La prueba de que se ha producido un cambio la podemos ver desde el argumento "e contrario". Algunos cristianos han percibido el nuevo tono de manera algo trágica. Así en un artículo que escribió Juan Manuel de Prada en el ABC de 21 de septiembre de 2013, después de que el papa diera la entrevista a las revistas de los jesuitas, decía este autor sin hacer referencia a dicha entrevista de manera explícita:

"Ignoro si en otro tiempo estuve loco; pero hoy, leyendo cierta entrevista, he sentido que he hecho el canelo durante todos estos años".

"Yo, que soy el hombre más insensato del mundo, estuve durante muchos años entregándome alegremente al martirio, en un combate con el mundo que me ha dejado hecho jirones, con mi carrera literaria tirada en la papelera y convertido en el hazmerreír de todos mis colegas; y este diario ejercicio de inmolación lo hacía con alegría, porque consideraba que mi obligación no era complacer al mundo, sino combatirlo hasta el último aliento.

[...] Ignoro si en otro tiempo estuve loco; pero hoy, leyendo cierta entrevista que ha levantado mucha polvareda, he sentido que he hecho el canelo durante todos estos años. Y, siguiendo el ejemplo del ilustre entrevistado, me dedicaré desde hoy a complacer y halagar al mundo, para evitar su condena."

En estas palabras creo entrever una de las equivocaciones en la que los cristianos pueden incurrir y que de hecho hemos incurrido bastante en España: o se está con el mundo, o sea, defendiendo todos los valores que teóricamente pertenecen al ideario de una persona moderna, o se está contra el mundo, o sea, aferrándose a unos valores que, según ellos, aparecen en el evangelio.

El problema es que en el evangelio lo que aparece son unos valores que nunca se han encarnado por entero ni en una cultura ni en una determinada ideología, ni en ningún grupo concreto, sino que más bien se encuentran en muy diversos lugares y de manera bastante sorprendente. Por ello lo que se impone es siempre el discernimiento para ni asumir de manera acrítica lo que nos ofrecen unos (incluidos los que defienden la postura del señor de la Prada) ni echarnos en los brazos de los valores que defienden los otros. El Papa Francisco aparece como un hombre del discernimiento y eso le hace decir cosas que a veces no son del todo coherentes entre sí porque el contexto en el que están dichas es distinto, o porque hay que saber leer entre líneas, pero que ciertamente quieren descubrir cómo Dios sigue estando presente en este momento actual.

En otras palabras, uno de los cambios mayores que se han experimentado es la manera como el Papa habla al mundo. En lugar de condenar, el ofrecernos para caminar juntos; en lugar de la negatividad de lo que nos rodea, la conciencia de que este mundo y esta cultura siguen siendo los lugares donde Dios va realizando su historia de salvación; en lugar de la cátedra, el hermano que comparte la misma búsqueda;

y si se quiere a otro nivel, en lugar del teólogo que teníamos en Benedicto XVI, hoy tenemos al párroco que es Francisco (basta comparar cualquier homilía de ambos pontífices para ver la diferencia). Yo creo que ambas cosas son necesarias, pero tal vez muchos cristianos necesitaban hoy sentirse animados en su camino de fe, camino con dificultades, más que verse ilustrados a nivel intelectual, algo que siempre es más complicado y que mueve menos en la vida diaria.

Todavía en el tema de la manera como la iglesia ha de estar en el mundo, se observa en Francisco algo que lo conecta con Juan Pablo II. Juan Pablo II, hasta que la enfermedad le fue quitando fuerzas, quiso hacer oír su voz y la de la Iglesia en todos los continentes y para ello se valió de su innegable carisma. Juan Pablo II quiso que la Iglesia tuviera un papel en el campo político.

Por su parte Benedicto XVI, que inició discretamente un proceso que corregía algunas de las líneas de actuación del anterior Papa (por ejemplo, volvió a contar con las órdenes religiosas tradicionales, o tomó postura más claramente en el caso de la pederastia, o intentó que el banco vaticano ganara en transparencia), era, como ya he dicho, un teólogo y no estaba dotado del carisma de su predecesor ni su punto focal era la pastoral con respecto a la iglesia sino la doctrina.

Pues bien, creo que el papa Francisco quiere que la Iglesia tenga de nuevo un papel importante en la política internacional. Esto es problemático, a nivel teórico, porque al mismo tiempo, el actual papa insiste en la importancia de una iglesia pobre, sin poder, servicial.

El papa ha hablado en estos nueve meses mucho acerca del servicio. Ya en las congregaciones generales de cardenales anteriores al cónclave había dicho que “Evangelizar supone en la Iglesia la parresía de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria. Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma”

Después ha hablado de los pastores que han de oler a oveja, que han de vivir las preocupaciones y las situaciones que vive la comunidad a la que han sido enviados, ha criticado que los sacerdotes vayan en coches caros, ha denunciado la tentación de un estilo principesco en los obispos...

Y curiosamente, al mismo tiempo, o quizá por ello, ha vuelto a colocar a la Iglesia en el candelero, en cuanto a información y en cuanto a influencia en el ámbito mundial. Forbes ha dicho que el papa es la cuarta persona con más poder del planeta; muchos de sus actos han tenido consecuencias que, si bien no son fáciles de calcular, ciertamente han dado voz a la Iglesia en el ámbito político: pensemos por ejemplo, en su primer viaje dentro de Italia, realizado el nueve de Julio a la isla de Lampedusa, donde se reunió con inmigrantes recién llegados y donde lanzó un mensaje de denuncia ante la comunidad internacional. En la eucaristía que celebró dijo que las noticias de naufragios de pateras y las víctimas le «dolían continuamente como una espina en el corazón. Por eso sentí que tenía que venir

hoy aquí a rezar». Pero rezar no era suficiente. Su intención era «despertar nuestras conciencias para que lo sucedido no se repita». Y usó dos textos para ello: el primero del Génesis es la pregunta de Dios: “Caín, ¿dónde está tu hermano?” El Papa insistió en que «no es una pregunta dirigida a otros, sino a mí, a ti, a cada uno de nosotros. Estos hermanos nuestros que intentaban escapar de situaciones difíciles han encontrado la muerte». El otro texto es el de Fuente Ovejuna de Lope de Vega cuando plantea; «¿Quién mato al Gobernador?, Fuente Ovejuna, señor». Se hacen responsables todos y, por lo tanto, ninguno, como pasa con las víctimas de la inmigración.

Lo que consiguió el papa con esta visita fue que todo el mundo hablara de la tragedia de la inmigración tres meses antes de que pasara la noticia que conmocionó a todos, la muerte de cientos de cientos de inmigrantes en las aguas de esta pequeña isla...

La Iglesia vuelve a tener un papel en la política internacional. Esto se vio más claramente con la crisis de Siria. El 1 de septiembre en el Ángelus se centró en este tema: “Queremos un mundo de paz, queremos ser hombres y mujeres de paz. Queremos que en nuestra sociedad destrozada por divisiones y por conflictos, estalle la paz. Nunca más la guerra”; el 3 escribió en Twitter que estaba en contra de las armas químicas. El sábado 7 de septiembre fue incluso más allá y, antes de celebrar “una jornada de ayuno y de oración por la paz en Siria, en Medio Oriente y en el mundo entero”, firmó y envió una carta al Presidente ruso, Vladimir Putin, gran aliado del régimen de Damasco, pidiéndole actuar “para evitar nuevos sufrimientos al pueblo sirio”.

Con esto el Vaticano se colocaba en el bando opuesto al de Estados Unidos, tal como también había pasado con Juan Pablo II y el presidente Bush en el tema de la guerra de Irak. El papa Francisco es consciente de la fuerza que tiene, que evidentemente es más moral que militar y así pidió: “Con toda mi fuerza, pido a las partes en conflicto que escuchen la voz de su propia conciencia, que no se cierren en sus propios intereses, sino que miren al otro como un hermano y emprendan con coraje y con decisión la vía del encuentro y de la negociación, superando la ciega contraposición.”

Balance muy provisional de los primeros meses del papa Francisco

Quiero terminar esta intervención intentando un balance de estos primeros meses del papa, balance que ha de ser, por su propia naturaleza, más unas pinceladas sobre aspectos generales que a mí me han llamado la atención.

1. El papa Francisco ha traído una nueva primavera a la Iglesia. Es significativo que un papa hable y se exprese como este; para mí es aún más significativo lo que ha despertado en muchos cristianos. Más allá de las estadísticas que dicen que ha crecido la asistencia de católicos a las celebraciones eucarísticas (algo que pienso ha de ser obligatoriamente pasajero), está el hecho de que muchos católicos necesitaban aire fresco, necesitaban escuchar palabras de ánimo para su vida concreta, de misericordia para poder vivir en medio de los problemas diarios. El lenguaje que usa se entiende; los gestos que realiza son gestos naturales...
2. El papa quiere impregnar toda su labor como un servicio a la comunidad de la Iglesia y al mundo. Desde su presentación en la balconada de San Pedro, en la que repitió que se presentaba como obispo de Roma (con lo que acentuaba que se

entendía como signo de la comunión entre los obispos), hasta sus actuaciones en los diversos problemas de la inmigración o de la paz; desde su insistencia en la misericordia de Dios hasta sus proclamas sobre cómo tiene que ser un obispo... Francisco quiere subrayar que la Iglesia y todos en ella estamos aquí para servir. Si a condición del servicio es preguntar a los otros en qué medida quieren ser servidos, esto exige estar atento a las necesidades de los demás y poner a estas en su centro. Francisco pone a la persona en el centro, la salvación de la persona y cómo la Iglesia puede responder a la situación de cada uno... lo doctrinal en este sentido queda en un segundo plano.

3. Este papa ha sido el primer papa latinoamericano y el primer papa jesuita (algo tengo que decir de esto). Su elección del nombre Francisco y las múltiples señales que ha dado en cuanto a la importancia de la austeridad y de la pobreza han mostrado bien a las claras eso que todos tenemos en la cabeza cuando pensamos en el franciscanismo. Yo creo que Bergoglio sigue siendo jesuita, y esto en algunos puntos que sin tematizar van apareciendo. Por decir uno muy positivo: cuando San Ignacio sabía que la inquisición iba a acusar a algún jesuita de algo, le faltaba tiempo para presentarse ante ella y decirle: me he enterado... y vengo a que hablemos... Ignacio solía llegar antes de que los problemas se enquistasen y además lo hacía sin miedo. Creo que este papa se está presentando sin miedo y responde a preguntas antes de que se realicen y toca temas antes de que se puedan enquistar. Con esto de alguna manera se desarma a aquellos que van siempre a pillarnos en un renuncio y se vive en la práctica eso de que tenemos que buscar juntos la solución a casi todo.

Otro aspecto jesuítico, que puede ser positivo o no tanto según como se realice, es que el papa Francisco no hace las cosas sin pensar. Me explico: cuando Juan XXIII convocó el concilio Vaticano II se dejó llevar de una inspiración según sus propias palabras (casi todos pensamos que no era entonces capaz de vislumbrar el alcance que tendría tal acontecimiento). A mí me da la sensación de que Francisco tiene una idea clara de adonde quiere llegar y va dando los pasos para alcanzar esa meta. Esto ya lo hacía cuando fue provincial y después rector del colegio máximo de la SJ en Argentina. Lo que ha cambiado, según sus propias palabras, es que ha aprendido de los errores que cometió entonces, en los que las decisiones las tomaba demasiado solo y ahora prefiere preguntar y hacer las cosas más despacio.

4. La manera como el papa Francisco se expresa hace que se pueda entender más de lo que dice, y por lo tanto que se sobreinterpreten sus palabras. Esto ya ha dado lugar a ciertas situaciones a las que no estábamos acostumbrados en los últimos tiempos, pero que de hecho ha sido bastante común en la historia: me refiero a que algún miembro importante de la curia romana haga algunas declaraciones que, sin referirse explícitamente a algo que ha dicho el papa, pueden ser interpretadas como una corrección. El caso más sonado fue un artículo del prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe publicado en el *osservatore* acerca de la praxis que la iglesia mantiene con los divorciados vueltos a casar. Que este artículo apareciera en los días siguientes a las palabras del papa sobre el tema, en las que remitía a la necesidad de que la Iglesia se hiciera presente en las vidas de esas personas no deja de llamar la atención. Estrictamente hablando no había contradicción entre lo que

había dicho Francisco y lo que escribía Müller, pero el tono de ambas intervenciones era bastante distinto.

5. Una pregunta que queda sin resolver, porque no es posible hacerlo, es si el papa conseguirá colmar las grandes expectativas que muchos católicos han puesto en él. Para ello necesitará tiempo, y no parece, por su edad, que pueda contar con muchos años. El éxito de su gestión estará, creo yo, en que consiga nombrar un episcopado que le secunde en la manera como él quiere que se ejerza el ministerio y el acompañamiento en la Iglesia. Todavía no tenemos muchos datos acerca de la política de nombramientos episcopales que va a llevar a cabo Francisco (los tendremos en pocos meses cuando se produzcan cambios importantes en el episcopado español). Por lo pronto lo que podemos hacer es desear que este tiempo que estamos viviendo se prolongue y también confiar en que siempre quedan en la Iglesia sorpresas. En la conferencia que di tras la renuncia de Benedicto XVI, alguien me preguntó quién podría ser el próximo papa y si podría ser Bergoglio, y yo respondí que era muy difícil saberlo pero que no creía que pudiera ser el cardenal argentino el elegido. Como ven, no acerté en absoluto (aunque tengo que decir que casi nadie acertó). Confiemos por tanto, en que Dios continúe dándonos sorpresas y que estas sean para el bien de todos.